

JORNADAS

28

ANTONIO CARRILLO FLORES

*El nacionalismo de los países
latinoamericanos en la postguerra*

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín, Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

Director: Dr. Alfonso Reyes

SEMINARIO SOBRE EL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

Director: Dr. José Gaos

JORNADAS

Organo del Centro de Estudios Sociales

Impreso y distribuido por Fondo de Cultura Económica

Pánuco, 63

Jornadas, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante el siguiente año para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, Jornadas va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: en órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de Jornadas, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circuns-

tancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. ,Jornadas se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las Jornadas no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas "nuestros" que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas de la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar por sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes de las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder hoy en juego si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las Jornadas del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos tres propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con Jornadas se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

ANTONIO CARRILLO FLORES

Universidad Nacional Autónoma de México

*El nacionalismo de los países
latinoamericanos en la postguerra*

Biblioteca Daniel Cosío Villegas

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.

JORNADAS-28

El Colegio de México

Centro de Estudios Sociales

1945

Tengo la impresión de que, quien emprende el examen de un problema social, aunque no sea estrictamente político, jamás puede desligarse por completo del clima y de lo que alguien llamó “la acústica” que lo rodean. Es quizás un poco desconsolador pero forzoso admitir que tan pronto como se desciende del plano de la pura especulación filosófica o estética o científica, lo que las ideas del hombre ganan en viveza, en motores auténticos para la acción común o individual, pierden en cuanto a su pretensión de validez objetiva y perenne; a tal punto que me arriesgo a afirmar que en política, por ejemplo, ya se trate de la nacional o de la internacional, conceptos como los de “falso” o “verdadero” acaso no hallan sitio, o si lo tienen es con una connotación peculiar. En política, así de la práctica que mira a los métodos de conquista y afianzamiento del poder, como de la proyectada hacia la acción pública en cualquiera de sus variadas formas, lo único radicalmente falso es lo imposible; la verdad no puede buscarse, si la palabra se mantiene, sino precisamente dentro de los límites de las cosas realizables; realizables por la situación que guardan esos distintos núcleos de poder que dibujan la estructura constitucional de la vida interior de los Estados y de las comunidades internacionales; realizables, también, por la naturaleza y la magnitud de las reacciones que provoquen.

Como las cosas posibles en la guerra no siempre lo son en la paz, y como las que no son posibles en la guerra han sido o lo serán en la paz, se me ocurre que cuando alguien se propone un tema de postguerra precisa una elucidación rigurosa en cuanto a lo que se pretende, de modo a determinar si el trabajo se consuma como un auxilio de la acción bélica presente, para uniformar voluntades, para

brazos que han de labrar la victoria, o si positivamente se desea aventurar el pensamiento para situarlo en el clima y en "la acústica" que por intuición o inferencia el observador cree que existirán cuando la paz se restablezca. Esfuerzos del primer tipo son útiles sin duda y cumplen una función al igual que, digamos, la propaganda, de la que en rigor forman parte; los del segundo grupo, en cambio, presentan mucha mayor dificultad, a tal extremo que en ocasiones son imposibles.

No me siento ni con capacidad ni con vocación de propagandista, ni, a estas alturas, creo ya en la necesidad y ni siquiera en la conveniencia de palabras de propaganda en favor de la causa que México ha abrazado, el convencimiento de cuya justicia llevamos incrustado en nuestras almas y de la que nuestro país, como tanto se ha insistido, fué vocero modesto pero lleno de arrogancia cuando países más poderosos, más directamente interesados, cargados de sabiduría política, todavía dudaban y contemporizaban. Pero como tampoco me siento con vocación de agorero, al aceptar presentar a ustedes algunas reflexiones sobre el nacionalismo en los países latinoamericanos en la postguerra, me tracé el propósito de esforzarme por escapar hasta donde mis fuerzas lo permitan del clima y "la acústica" de estos años bélicos, buscando en la selva intrincadísima de ideas y de doctrinas elaboradas sobre la nación y el nacionalismo las que parecen más significativas, para confrontarlas después con pensamientos y actitudes que han sido y son a mi juicio representativos de Latinoamérica para tratar de establecer hasta dónde es legítimo hablar de un nacionalismo de estos países en el pasado y en el presente. Por último, trataré de plantearme, a base solamente de hechos y no de adivinaciones, si es cuerdo pensar que una postura de razonable nacionalismo será posible y, por tanto, verdadera no en la situación de hoy, sino en la postguerra. Para esto habrá que tomar en cuenta ideas que, algunas todavía de modo muy tenue, empiezan a encender el horizonte.

Nada en la historia de las doctrinas políticas y sociales, podemos decirlo ya con entera seguridad, causó tanto daño no sólo a la justa valuación del nacionalismo, sino a la idea misma de la nación, que el haberse aprovechado de ambas el fascismo y el nazismo, principalmente el primero, en las construcciones que llevaron a cabo para, en lo interno, embriagar a las masas populares y a las clases medias y, en lo externo, contar con un aparato de conceptos que tuviese una sombra al menos de decoro doctrinario que los pusiese en plano de competir con otras ideologías. El fascismo, es punto explorado hasta el cansancio, nació sin ideas, como una supuesta “política de acción”, que sólo cuando el poder había sido conquistado se preocupó por vestir un ropaje en que la nación se invocó como un concepto útil para lograr varios propósitos realistas, aparte del ya anotado de proselitismo exterior:

I. Destruir la estructura democrática,

II. Someter a una férrea regulación estatal los conflictos entre capitalistas y trabajadores, y

III. Contribuir a sentar las bases para una política económica pre-bélica de “auto-suficiencia” o “autarquía” nacional. Esto de modo principal en Alemania, ya que Italia estaba desprovista de elementos para proponerse muy en serio esa meta.

De la primera —la estructura democrática— se dijo que en el mejor de los supuestos fija por medios puramente mecánicos el sentido de las aspiraciones de un pueblo miradas horizontalmente, con referencia exclusiva a un momento de su historia, pero que es inepta para captar así la herencia, el pasado, como el futuro, y que, por tanto, precisaba buscar una estructura política que articulara tradiciones y esperanzas. En otras palabras, que era indispensable concebir al Estado no ya como la forma jurídica de una agrupación de hombres vivos, sino de la nación, en la que junto a éstos había que dejar un sitio a la herencia de los muertos y a las necesidades de los que vendrían después.

Análogo argumento se empleó para la regulación estatal estricta

de los conflictos entre capitalistas y trabajadores; era indispensable situarse por encima de las posturas egoístas facciosas de unos y de otros y buscar la solución nacional en que todas las tendencias habrían de armonizarse y equilibrarse.

A la muerte del fascismo, que desventuradamente sentimos un algo menos cierto hoy en todas sus manifestaciones que cuando se firmó la Carta del Atlántico, parece obvio que habrá que rechazar toda forma de nacionalismo e inclusive toda invocación de la idea nacional que persiga cualquiera de los objetivos anotados del fascismo y del nazismo: ya sea la destrucción de la estructura democrática o una regulación de los conflictos sociales que, desbordando el campo en que no solamente es legítimo sino forzoso que el Estado intervenga, en realidad busque mantener ahogada toda tendencia reformadora. Y evidentemente también será condenable como nazi-fascista toda postura, de rabioso nacionalismo económico, que pretendiendo una imposible autosuficiencia desarticule el comercio exterior del mundo.

Otro aspecto todavía tenemos que subrayar en esta especie de autopsia del fascismo: su llamada espiritualidad; pretendió ser una doctrina fundada en el espíritu, pero no en el espíritu morada de un mundo superior de valores, sino en el que sabe cerrar los ojos a tiempo para justificar el mantenimiento de la miseria y del hambre como cosas bajas y materiales, de las que no vale la pena ocuparse. Dijo textualmente su líder: "El fascismo repudia la concepción de la felicidad económica que quiere realizar el socialismo y que consistiría en dar a cada quien el máximo de bienestar. El fascismo niega la concepción materialista de la felicidad como una posibilidad; el fascismo niega la validez de la ecuación bienestar-felicidad, que reduciría a los hombres al nivel de las bestias, preocupados sólo por una cosa: estar bien nutridos, y que degradaría a la humanidad a la pura existencia física."

Es, por tanto, una postura fascista, de aquellas que deberán desterrarse del mundo en la paz, la que pretenda derivar las cuestiones sociales hacia un mentiroso y superficial terreno de hipócrita espiri-

tualidad antes de haber resuelto, hasta donde sea humanamente posible, los problemas del bienestar material de las gentes. Esta forma de neo-fascismo empieza ya a aparecer y contra ella habrá que luchar en la postguerra.

La tarea será difícil, porque nadie puede negar ni la autenticidad ni la hondura de los problemas espirituales. Para todo hombre que merezca ser calificado de tal, existen, lo preocupan y lo angustian, pero no será legítimo utilizarlos para postergar esfuerzos ligados con la satisfacción de necesidades que estamos dispuestos a reconocer como de rango o jerarquía inferior frente a la del espíritu, pero sin cuya atención toda vida superior es imposible.

Es claro que en la idea de la nación juegan elementos de orden espiritual. Mazzini y Renan, medio siglo antes del fascismo, lo vieron y lo dijeron. Con el auxilio de las palabras de uno —que habló de la “misión” de los pueblos, principalmente de los oprimidos— se formó Italia. Las del segundo resonaron en todos los ámbitos de la tierra; en América Latina especialmente: “alma gemela” de la de Justo Sierra, llamó a Renan el más alto de los oradores mexicanos en el discurso que pronunció ante los restos del maestro, y de Renan está lleno Ariel, el libro en que Rodó pensó y soñó como nunca ha vuelto a pensarse y a soñarse sobre los destinos de Latinoamérica.

Renan, en su célebre conferencia de 1882, se propuso el problema de hallar la esencia de la nacionalidad. Examinó y rechazó como elementos capaces de descubrir esa esencia las dinastías, la raza, el lenguaje, la religión y hasta la comunidad de intereses económicos para aceptar —muy dentro del clima de su tiempo— el elemento espiritual, éste sí auténtico, como decisivo. Forjó así su fórmula célebre: “Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas, agregó, que son en realidad una sola, intervienen para construir esta alma o principio espiritual. Una de ellas yace en el pasado, la otra en el presente. La una, es la posesión en común de una rica herencia de recuerdos; la otra, es un acuerdo actual, el deseo de vivir juntos y la voluntad de continuar incrementando la herencia común... En

el pasado, una herencia de gloria y amargura que compartir; en el futuro, un plan común que realizar; haber sufrido, gozado y esperado juntos; estas son cosas de valor más grande que la identidad de aduanas y fronteras lograda de acuerdo con nociones estratégicas. Estas son las cosas significativas, a pesar de diferencias de raza y lenguaje. He dicho haber sufrido juntos, porque sin duda el sufrimiento común une más fuertemente que el regocijo en común; entre los recuerdos nacionales la tristeza tiene mayor valor que la victoria porque impone deberes y reclama un esfuerzo común... La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano así como la del individuo es una continua afirmación de vida."

Pero si en Mazzini y en Renan, la nación, concebida desde un ángulo espiritual, aparece como una idea dotada de un noble contenido, veinte años después, en la voz de un hombre de Oriente, Tagore, brotan palabras que, como presintiendo la degeneración que el concepto habría de tener en las mentes fascistas, enfocan la cuestión de un modo distinto. Para la India, para China, en cuyo favor habla Tagore en la época de oro del imperialismo, la nación es cosa totalmente distinta: es simplemente una organización para un objeto mecánico situado en el exterior y por lo común agresivo y violento; nación, imperialismo, organización guerrera, imposición sobre los demás, eso es lo que Tagore descubre, no sin justicia desde su punto de vista, en el concepto que vengo examinando.

En el pensamiento de nuestros días, ya en postura dialéctica, explícitamente agresiva contra los excesos totalitarios, hemos de ver renacer las palabras de Tagore. Rocker, en su libro sobre el nacionalismo y la cultura, afirma que "la nación no es nada orgánico, sino algo creado artificialmente por el Estado, con el cual está íntimamente ligado"; pero como el Estado mismo no es un conjunto orgánico y la investigación sociológica, a su juicio, ha establecido que en todas partes y en todos los tiempos se manifiesta como intervención violenta de los elementos de tendencias guerreras en la vida de los pacíficos grupos humanos, el profesor alemán, fugitivo del nazismo, concluye

que “la nación es, por lo tanto, un concepto puramente político que se realiza sólo por la pertenencia de los hombres a un determinado Estado”. De este modo se coloca en el punto radicalmente contrario al fascismo, y por eso afirmo que es la suya una postura dialéctica: como el fascismo hizo del Estado una expresión política de la nación, Rocker hace de la nación una expresión política del Estado. La suya es, típicamente, una fórmula que recoge el clima y “la acústica” de la guerra.

Tenemos entonces que la nación o, como política de varias dimensiones que en ella se finca, el nacionalismo, es un concepto susceptible de recoger dos distintas connotaciones que, sin embargo, pueden combinarse en diversas formas, según el sitio donde se ponga el acento: o en el ingrediente espiritual o en el estatal o político. Las políticas nacionalistas, así en lo económico como en lo demográfico o en lo político-militar, por fuerza suponen al Estado-nación; una nación que no sea un Estado, Renan sin duda estaría conforme, no podría trazarse una política nacionalista. A su vez, un Estado-nación puede invocar e invoca de hecho los datos culturales, históricos, para dotar a sus programas nacionalistas de un apoyo y una justificación más firmes que los que le puede proporcionar la noción puramente política y jurídica de su soberanía.

De modo correlativo, una postura internacionalista implica siempre un rechazo de la idea de que el Estado, ejercitando los poderes inherentes a su soberanía o invocando en forma exaltada los que se han llamado elementos o datos espirituales de la nacionalidad, proyecte una política cualquiera ignorando las exigencias de los otros Estados-naciones. El internacionalismo tiene su propia filosofía, su propia fundamentación en nociones como la justicia universal, la igualdad de los pueblos y de los hombres y su base científica en el reconocimiento de la interdependencia de los recursos y esfuerzos de todos los países, y si algún aspecto positivo tienen ese clima y esa “acústica” de la guerra en las Naciones Unidas (de que hablé al principio), es haberlas puesto de manifiesto con una laudable insistencia.

De modo concreto en materia económica, se piensa, como ha dicho un distinguido economista mexicano que “si alguna enseñanza parece derivarse, lo mismo de la última guerra mundial, y confirmarse en forma aún más evidente en el actual conflicto, es que no hay soluciones nacionales, que existe una interdependencia de tal manera estrecha en los fenómenos económicos y sociales que no puede haber progreso y paz, tranquilidad y felicidad de un pueblo, mientras otros pueblos se debaten en la angustia de un callejón económico sin salida o contra una opresión que lo mismo impide el libre curso de la vida nacional que las más caras libertades individuales, consideradas hasta apenas ayer como elementales conquistas de la civilización”.

¿Cuál es el valor de estos conceptos para la América Latina? La nación, concebida a la manera de Renan o como expresión política, ha vivido en estas regiones del mundo.

Aunque me parece obvio que si en lo político es sencillo determinar los Estados-naciones, en lo histórico o cultural debemos proceder con mucha cautela antes de afirmar la existencia de “naciones” a la Renan en cada uno de los países latinoamericanos. Sin desconocer peculiaridades indudables, derivadas de hechos tan objetivos como la estructura demográfica, en especial de la presencia en varios de ellos de una alta proporción de sangre indígena, tengo la idea, derivada de una breve experiencia de viajero sorprendido, de que proclamar en serio una “mexicanidad” o una “peruanidad” o una “argentinidad” —como a veces se pretende— es harto difícil. Pues si tradición y color locales se buscan, no tardaríamos en estar hablando de “poblanidad”, o “guanajuatinidad” o “potosinidad” o “veracruzinidad”. No. Si de perfil cultural o espiritual se trata, el camino, a mi manera de ver, anda por otro lado; en el reconocimiento de nuestro parentesco, de nuestra afinidad.

Somos pueblos afines. Los hombres de esta parte de América hace tiempo que están empeñados en fijar, por debajo de las natura-

les diferencias derivadas del largo aislamiento en que hemos vivido unos respecto de otros y de nuestra complejidad racial, ciertos rasgos profundos que sirvan para realzar el perfil espiritual común de todas estas repúblicas. Pedro Henríquez Ureña, entre otros, ha logrado hacerlo tanto en lo que se refiere a formas políticas, artísticas y literarias, como a las del pensamiento científico y filosófico.

En lo político, único de los puntos citados de que puedo ocuparme, esta tensión perenne entre la forma constitucional importada y compleja y la manera tosca y un tanto primitiva del ejercicio real del poder, da un carácter propio a nuestra vida pública que cada vez resiste menos juicios simplistas y superficiales. En tanto que países más viejos, más hechos, ven en la ley resumen de experiencias, de tradiciones, que la hacen elemento estabilizador cuando no rémora franca, en América Latina la misma precariedad de su ley constitucional la dota de un valor distinto, a veces, como el propio Henríquez Ureña lo dijo, “profético y creador”.

Nuestra vida política es peculiar y dentro de límites razonables debemos defender su peculiaridad en beneficio de nuestros propios pueblos. Así, nada sería tan suicida como pretender el cumplimiento literal de ciertos preceptos escritos que, a pesar de todo, no debemos abandonar, como aquel gran país de Latinoamérica lejano y querido, Brasil, en un arranque de sinceridad que nos dejaría desnudos. En cierto sentido nos estamos todavía formando y en la formación hemos de tener buen cuidado de dosificarlo todo, lo mismo la legalidad que la arbitrariedad.

Estamos en proceso de llegar a ser países democráticos; peleamos por la democracia como quien defiende el futuro, pero en estas horas exaltadas y confusas, buen cuidado debemos tener en defender nuestra postura diversa, quizá un tanto extraña, frente a tan hondo problema. Con igual empeño debemos rechazar a quienes con fines interesados nos dicen que si nos jactamos de demócratas en propósito e intención hemos de serlo íntegramente, como a quienes, desespera-

dos o desengañados, quisieran eliminar de nuestras cartas constitucionales lo que sin mirada profunda tachan de artificial y falso.

En cuanto a la peculiaridad de nuestro pensamiento, acaso Alfonso Reyes como ningún otro después de Rodó, la ha puesto de manifiesto en las páginas de *Ultima Tule*. “Llegada tarde al banquete de la civilización europea, dice, América vive saltando épocas, apresurando el paso y corriendo de una forma a otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contranatural. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación...

“La inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas, admite un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador...

“La inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando previamente los resultados, verificando con valor la teoría en la carne viva de la acción.”

De todo esto deriva Alfonso Reyes que nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestra tierra, es “naturalmente internacionalista”. Quizás este internacionalismo, que sólo es concebible en cuanto que cada uno de nuestros pueblos se siente miembro singular, autónomo, de la comunidad de las naciones, explique que la idea de un Estado hispano o latinoamericano nunca haya jugado seriamente en la política latinoamericana, y esto aun antes del poderío de Norteamérica. El propio Bolívar, en la famosa carta de Jamaica, dijo: “todos

sentimos que por razones geográficas, económicas y fundamentalmente políticas, es una idea imposible y como tal inútil”.

En apoyo del pensamiento de Reyes de nuestra vocación internacional, valdría decir humanística, quiero, antes de abandonar el tópico, recordar al mexicanísimo Pensador Mexicano, Joaquín Fernández de Lizardi, que cuando en mil ochocientos veintitantos redactó un proyecto de constitución ideal para la recién independizada Nueva España, empezó con un artículo que concedía la nacionalidad mexicana a todos los hombres de bien que aquí moraran, con despreocupación absoluta de su origen.

Las gentes de Latinoamérica tenían esta levantada concepción de las prerrogativas de la persona humana más de treinta años antes que en Estados Unidos el insigne Taney, Presidente de la Corte Suprema, en el caso Dred Scott, resolviese que cuando los padres fundadores de la nación americana inscribieron en su declaración de independencia que todos los hombres son libres e iguales por el sólo hecho de su nacimiento no pensaban en los negros, porque esos padres fundadores fueron hombres congruentes con sus ideas y ellos no trataron a la raza de color como compuesta de hombres, sino de cosas.

No nos asombramos, pues, en Latinoamérica, de ningún proyecto, por audaz que sea, que tienda a realizar la justicia y la igualdad entre todos los hombres, porque hace más de un siglo, como se ve, hemos tenido grandes maestros en la que Rodó, recordando a un francés, llamó la “profesión del hombre”. Ante esa nuestra vieja tradición humanística, nadie puede dudar que todo esfuerzo sincero para establecer por encima de egoísmos nacionales un orden jurídico, político y económico mejor para los pueblos de la tierra hallará fervorosa adhesión en los países nuestros. Precisa, no obstante, subrayar:

1° Que queremos estar convencidos de que vamos a entrar en efecto a un mundo nuevo, fundado en la justicia, en la igual oportunidad para todos y que, desvanecidas las sombras de esta noche, los jugadores no se limitarán a cambiar de asientos y de cartas para preparar otro sacrificio de hombres en una velada cercana; y

2º Que si los países rectores por razón de su fuerza, de sus antecedentes y de su experiencia política, estiman oportuno limitar la validez de los principios en procuración de sus particulares intereses, nosotros, los países de Latinoamérica, como todos los pueblos débiles de la tierra, hemos de arrogarnos el mismo derecho.

Voy a esforzarme por fundar cada una de estas afirmaciones. Dentro de cuatro días cumplirá tres años la Carta del Atlántico. La hermosa nave en que fué firmada hace tiempo reposa bajo las aguas de los mares de Oriente. Y, como siguiendo el mismo terrible destino, algunos de sus principios, si no hundidos, viven en tal forma limitados, condicionados, por obra del señor Churchill principalmente, que no puede uno menos de preguntarse con angustia si de verdad estaremos en la víspera de un mundo nuevo. No quiero extremar el pesimismo; Churchill es un político de la guerra, un estratega cuyo primer deber ha sido —por fuerza y con justicia— ahorrar a su país y a sus aliados el mayor número posible de vidas humanas, de modo que muchas de sus afirmaciones —las relativas al fascismo español, por ejemplo— no deben ser tomadas al pie de la letra. Sería una injuria para uno de los hombres más grandes de este siglo suponer que él piensa de verdad que el fascismo no beligerante se salvará a pesar de la Carta del Atlántico. El, como todos los políticos que verdaderamente lo son, habla un lenguaje distinto, al que no se debe pedir verdad, ni menos sinceridad, sino eficacia para servir a un propósito. Pero hay más, en el supuesto remoto, casi increíble, de que Churchill haya usado lenguaje de hombre ordinario, todavía hay que recordar que él es —por hoy— líder de su nación, pero que no es su nación; el pueblo inglés, que tan en carne viva ha sufrido en esta guerra, el americano, los ejércitos que volverán diezmados y horrorizados, los deudos de todos los muertos, los chinos, los indios, no permitirán que esta paz se frustre. Wendell Willkie se encargó de recoger las palabras de Chiang Kai-Shek, que, siguiendo el estilo de don Luis Cabrera, podríamos llamar, si no la “carta”, el “Plan del Pacífico” y que, de triunfar, como reflejo, habrá de favorecernos a todos. Dijo el

general: "China no desea reemplazar al imperialismo occidental en Asia con otro imperialismo oriental ni con el aislamiento suyo ni de otros. Creemos que es preciso avanzar del estrecho concepto de las alianzas exclusivas y de los bloques regionales, que en último término conducen a guerras más grandes y costosas, al de una organización efectiva de la unidad mundial. A menos que una verdadera cooperación mundial sustituya al imperialismo y al aislamiento, de cualesquiera formas que sean, en el nuevo mundo interdependiente de naciones libres, no habrá seguridad duradera ni para unos ni para otros."

La cuestión, pendiente entre los estadistas, lo está también entre los hombres que forman la opinión de los pueblos. Cuando el recién fallecido profesor Nicholas J. Spykman, de la Universidad norteamericana de Yale, publicó un libro —traducido en México por el benemérito Fondo de Cultura Económica— sosteniendo, con un criterio duramente realista, la necesidad de mantener en la postguerra la política del "equilibrio del poder" que, aplicada al Asia lo llevó a concluir algo casi inaudito: que el interés de Estados Unidos está en mantener —a pesar de Pearl Harbor y de la "caravana de la muerte" del Batán— un Japón poderoso que mantenga a China "equilibrada" (por no decir amenazada), no tardó en recibir de un chino —Lin Yutang— esta respuesta que vale la pena recordar: "La combinación de dos naciones medio fuertes puede producir, ello no obstante, una fuerza poderosa y completa. En realidad, los escritores que insisten en una dominación anglo-norteamericana de las zonas del Pacífico proceden de acuerdo con esta teoría. Hay que procurar que no haya nunca un acercamiento entre Japón y China. Esto, sin embargo, sólo es posible si se coloca a China bajo vigilancia militar. Por otra parte, China puede exigir igualmente que se ponga a Inglaterra bajo vigilancia militar, porque es mucho más verosímil un acercamiento entre Inglaterra y Alemania que un acercamiento entre Japón y China. Es asunto de China procurar que Inglaterra y Alemania no se unan, porque cada vez que esto suceda habrá resucitado una Alemania militar

y se originará una nueva guerra mundial. China tiene tanto derecho a pedir seguridades en Europa como Inglaterra a pedir seguridades en el Lejano Oriente... Los chinos son corteses, pero no tontos. No suelen hacer política de fuerza, pero cuando otros la hacen, la comprenden perfectamente.” Y añade con ironía: “El Profesor Spykman observa que la posición de China con respecto al Mediterráneo asiático (Malasia, etc.) es similar a la de los Estados Unidos con respecto al Mediterráneo americano (el mar Caribe). En consecuencia, cree que es necesario crear un fuerte Japón que contenga a China, pero no ha pensado ni un momento en crear un fuerte México que contenga a los Estados Unidos.”

Lin Yutang no se sentará, es cierto, en la mesa de la paz; pero, quizás para bien del mundo, tampoco podrá hacerlo ya el profesor Sykman. El problema es, hay que reconocerlo, endiabladamente difícil, y cautamente, el último de los principios de la Carta del Atlántico fija un régimen transitorio de predominio de fuerzas —en beneficio de todos— a cargo de las naciones vencedoras. La solución, que no es óptima, parece inevitable. No nos queda entonces sino esperar que ese monopolio de la fuerza no sea incompatible con un régimen universal de justicia. La insistencia en el reclamo —ante síntomas como los anotados— nunca será, sin embargo, ociosa.

Que los grandes países que dirigen la lucha han considerado que la victoria en bien de todos es compatible con la protección de sus particulares intereses y que éstos no deben ser postergados es punto bien sabido. La Unión Soviética pide garantías especiales en el oriente de Europa y parece que tiene ya un bosquejo concreto de plan de reparaciones profundamente realista y adecuado al régimen económico que ha edificado, y en cuanto a Inglaterra y a Estados Unidos nada me parece mejor que el penúltimo párrafo de uno de los documentos oficiales más importantes aparecidos en los meses recientes: el informe suscrito en 15 de febrero por los señores Barbardo M. Baruch y Juan M. Hancock, que dice: “Winston Churchill ha declarado que él no aceptó su cartera para liquidar el imperio de su majestad. Ningún

americano aceptaría una cartera para liquidar los patrones de vida americanos.” Si, pues, la lucha por un ideal de justicia universal es compatible —a juicio de los ingleses— con la defensa de su imperio y —en opinión de los americanos— con el mantenimiento de su estándar de vida —el más alto que pueblo alguno haya disfrutado en la historia—, ¿no es legítimo que los pobrecitos latinoamericanos tengan también, sin perjuicio de esa misma universal justicia, una demanda específica, propia de ellos, que puedan plantear sin que se les tache de fenicios o materialistas sino cuando más —lo que no es insulto— de realistas, tan realistas como —en grande— pueden serlo Churchill y Baruch? La respuesta me parece obvia.

Nosotros no tenemos imperios; no tenemos altos patrones de vida; pero venimos luchando, unos más, otros menos, unos en un sendero, otros en distintos caminos, por la elevación del estándar de vida de los pueblos latinoamericanos; esa es nuestra bandera, bandera noble si la hay, y debemos defenderla aunque ella signifique —como el Imperio inglés o la tarifa americana o sus leyes migratorias— restricciones parciales, derogaciones inclusive, a un sistema ideal de organización internacional del mundo.

Signo altamente consolador me parece que en Bretton Woods el banco inicialmente proyectado para reconstruir las zonas devastadas se haya aprobado al final, acogiendo una idea latinoamericana, como banco de reconstrucción y fomento, lo que nos dará derecho a que parte de los recursos que se obtengan se pongan al servicio de todo lo que en estos países hay que desenvolver; exigencia, desde un punto de vista humano, tan respetable como la de reconstruir lo que la civilizada barbarie destruyó en Europa.

La Carta del Atlántico nos ha ofrecido una paz en que todos los países —los nuestros inclusive— podrán vivir su vida libres de temor y de necesidad y una colaboración —de nosotros con los demás Estados y de ellos con nosotros— que nos garantizará normas mejoradas de trabajo, progresos económicos y seguridad social. Sin embargo, frente a estas declaraciones, que se apoyan en una concepción en gran-

de, que fijan metas e ideales comunes a naciones y hombres del mundo entero, hay una que se siente peligrosamente trunca; la observación, que por lo demás no es original, ni mucho menos mía, se refiere al cuarto punto que contiene la promesa hecha a vencedores y vencidos, con la salvedad de los compromisos existentes, de que disfrutarán y tendrán acceso, en condiciones iguales, a las materias primas del mundo. Los países latinoamericanos, tradicionales productores de materias primas, tienen derecho a comentar: bien que todos los pueblos interesados en llevarse lo que es nuestro estén colocados en posición de igualdad unos respecto de otros; pero esa igualdad en nada mejora a nosotros, los proveedores. No solamente hay exigencias de justicia para el que carga con las materias primas; también las hay, y muy poderosas, para el que va a proporcionarlas. Pero sobre eso nada dice la Carta del Atlántico. Si el vacío no se colma, con la paz no desaparecerá del mundo esa fea cosa que se llama el imperialismo.

Por lo demás, el problema del imperialismo —casi resulta ridículo insistir pero me parece indispensable— no es un problema moral, al menos no lo es fundamentalmente. Los pueblos imperialistas no lo son por perversidad o porque estén dirigidos por malas personas; lo son porque es común a todos los hombres tratar de vivir lo mejor posible; y como la vida mejor —en lo material, claro— depende de las cosas y servicios de que se dispone y del trabajo que se incorpora en aquéllas y se gasta en éstos, resulta que es una tendencia natural de los pueblos que pueden hacerlo tratar de recibir la mayor cantidad de bienes y de servicios y, consiguientemente, de trabajo incorporado o gastado, a cambio de la menor suma de ellos. Y eso que para realizarse ha requerido una dominación política y a veces militar de territorios o países extraños, unido a cierta fatal limitación de la economía capitalista en que no puedo detenerme, es la esencia del imperialismo. La lucha contra el imperialismo no debe, por lo mismo, realizarse con prédicas de vaga generosidad o idealismo, ni tampoco con histéricas condenaciones populacheras, sino, más modesta pero efectivamente, creando las condiciones reales para conquistar —hasta

donde sea políticamente posible— una igualdad en el cambio en nuestros bienes y de nuestro trabajo.

Esto nos lleva de la mano al tan debatido asunto de la industrialización de los países de Latinoamérica. Oportuno resulta, para esos obstinados que en voz muy baja todavía se atreven a declarar que ningún interés concreto y fundamental de los países nuestros estaba en juego en esta contienda, decirles que cualesquiera que sean las dificultades con que tropecemos en el futuro para hacer progresar la industrialización de Latinoamérica, dentro de la órbita sana en que es defendible y conveniente para nosotros, nunca chocaremos con obstáculos como aquéllos que nos hubiese puesto enfrente un hipotético triunfo del nazismo, que llegó a construir toda una filosofía —derivada del supuesto fundamental de las jerarquías raciales— en contra de semejante proceso. Spengler, más significativo en cuanto que no es cerradamente partidista, después de exaltar el mundo de principios de este siglo con su “espectáculo de un grupo de naciones con sangre nórdica, dirigidas por ingleses, alemanes, franceses y yanquis que domina la situación”, frente a “los demás pueblos que ya en figura de colonias, ya como Estados en apariencia independientes mantienen en un papel que consiste en producir materias primas y en consumir productos manufacturados” y de anotar que “esta distribución de los papeles queda asegurada por los ejércitos y las escuadras”, se duele de una “descomposición incipiente”, de la que llama “traición a la técnica” por haber confiado sus secretos a orientales y latinoamericanos en términos que es preciso no olvidar porque constituyen una condenación implícita a la ceguera de quienes dudaron del camino que nos convenía seguir y porque en el futuro nos dará derecho a llamar nazis a quienes franca o veladamente sostengan postura semejante.

Muy otra es, por fortuna, la posición de los líderes de las naciones unidas sobre este problema y no hace sino unos días que el Secretario de Relaciones de México anunció que había recogido de labios del Presidente Roosevelt el reconocimiento de que una razonable in-

industrialización latinoamericana, que levantará el nivel de vida de estos pueblos, no solamente no dañará a Estados Unidos sino que, al contrario, al ampliar el campo de nuestras necesidades y expandir nuestro poder de compra, fundamentalmente será favorable al comercio de exportación norteamericano.

La limitación debemos imponérsela nosotros mismos; debemos evitar que la desarticulación que la guerra ha traído a nuestras importaciones normales, los precios exorbitantes que casi todas esas mercancías han alcanzado, nos lleven a concebir ambiciones exageradas y, al pretender la realización de ellas, a crear industrias artificiales, mal localizadas, sin otro futuro que el muy precario provecho que con perjuicio de las grandes masas consumidoras quieran lograr algunos cuantos audaces aventureros exigiendo barreras arancelarias de grotesca hinchazón. Tenemos que aceptar que todo lo artificialmente creado, lo que nació del ansia desenfrenada de lucro, sin plan, sin sentido común, sea destruido cuando venga el buen viento de la paz, pero en cambio debemos defender con todo vigor lo que a juicio de nosotros sea sano, firme, bien proyectado, y no sólo, sino que en la postguerra, cuando podamos adquirir la maquinaria que ahora nos ha sido imposible obtener, hemos de luchar por que el proceso racional de nuestra industrialización prosiga.

En la planeación que será indispensable llevar a cabo no deberá guiarnos un cerrado nacionalismo sino que, si los órganos internacionales que se creen logran trabajar con eficacia y ofrecen las suficientes garantías para los países pequeños, hemos de consentir en coordinar nuestros programas, como Eduardo Villaseñor y Gonzalo Robles han dicho ya, con los de mayor envergadura que se elaboren considerando la conveniencia de una división internacional del trabajo y de una mejor utilización de los recursos del mundo en beneficio de todos los pueblos, pues no debemos olvidar que, en cierto sentido, las riquezas que guardan nuestros territorios son un patrimonio general de la humanidad.

Prevía la necesaria revisión y ajuste, los países latinoamericanos

estarán justificados al defender su soberanía arancelaria; y para la aceleración racional del proceso industrializador deberán, con las precauciones técnicas indispensables, dirigir el uso de sus reservas de oro excedentes formadas en grado mayor o menor en todos ellos durante los últimos años.

No quiero cerrar este capítulo —y con él mi deshilvanada conferencia— sin una reflexión: el nacionalismo llevó al fascismo por exaltado, por monstruoso, pero además porque lo practicaron países cuya fuerza económica y militar les permitió soñar con un programa de expansión y de conquistas; por eso, en una hora desventurada —para el mundo, para sus pueblos y para ellos— los caudillos totalitarios identificaron la idea de la guerra con la plenitud del destino nacional. Antes, fué también para condenar las expansiones agresivas como Tagore escribió sus páginas inmortales en contra de la “nación” y en defensa de los pueblos de Oriente. Pero los países latinoamericanos no quieren, ni aunque quisieran podrían, dar ese sentido agresivo a sus políticas nacionales. Jamás podrán ensayar ellos sino —cuando más— un nacionalismo defensivo: defensivo de su dignidad, como el que tan gallardamente llevó a cabo México en 1926 y en 1938; defensivo del modesto pasar de sus gentes; defensivo de su todavía no lograda unidad demográfica; defensivo también, hay que declararlo, de todo intento razonable para coordinar entre sí las necesidades y los intereses de los países latinoamericanos. Está bien que todos aceptemos que los problemas continentales demandan en muchos aspectos, pero en especial el ligado con la organización política del mundo, un tratamiento que reconozca la solidaridad de todas las naciones de América; pero no se advierte por qué, para determinadas materias, especialmente para las económicas y para ciertos servicios públicos comunes, como los de transportes, no sea posible pensar en que, aparte de las relaciones que cada país latinoamericano mantenga con Estados Unidos, se desenvuelva un recíproco acercamiento entre esos países.

Por último, la valoración de una política restrictiva y de controles, cualesquiera que sean sus propósitos, no puede fijarse en abstracto, sino

precisamente por su trascendencia para el mundo, por el grado en que afecte el normal desarrollo del comercio y de otras formas de tráfico entre las distintas naciones. Esto lo han mirado muy claro los economistas.

Ahora bien, el cable nos informó ya de cómo en Bretton Woods se vió que Inglaterra y el resto de los países de Europa que concurrieron a la conferencia monetaria no abandonarán, al menos por un largo período, sus controles y restricciones, porque sienten que les son indispensables para la defensa de su comercio, para la redención de sus deudas, para su reconstrucción en suma. No se puede entonces pedir a los países latinoamericanos que sean precisamente ellos los que renuncien a palancas antipáticas pero insustituíbles para su desarrollo y defensa.

He terminado. Hasta ahora los latinoamericanos, en particular los mexicanos, hemos sido objeto de alabanza y curiosidad, hasta de admiración, por nuestra pintura, por nuestra poesía, por nuestra música, por nuestro arte en suma, que en mucho ha brotado como compensación y fuga de nuestras miserias. Por eso hemos sido soñadores. No abdicamos de nuestro privilegio de soñar, pero reclamamos el derecho de mejor vivir. Y al esfuerzo para conquistarlo hemos de dar todos absoluta primacía: los de aquí y los que pueblan las vastas regiones del sur donde alumbra el crucero, “cuyos brazos abiertos —bien dijo Rodó— se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...”